

ARNALDUR INDRIDASON

LA MUJER DE VERDE



RBA

Título original: *Grafarþögn*

© Arnaldur Indridason, 2001.

Publicado por acuerdo con Edda Publishing, www.edda.is

© traducción, Enrique Bernárdez, 2008.

© de esta edición digital: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: OEBO537

ISBN: 978-84-9056-080-8

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)

[26](#)

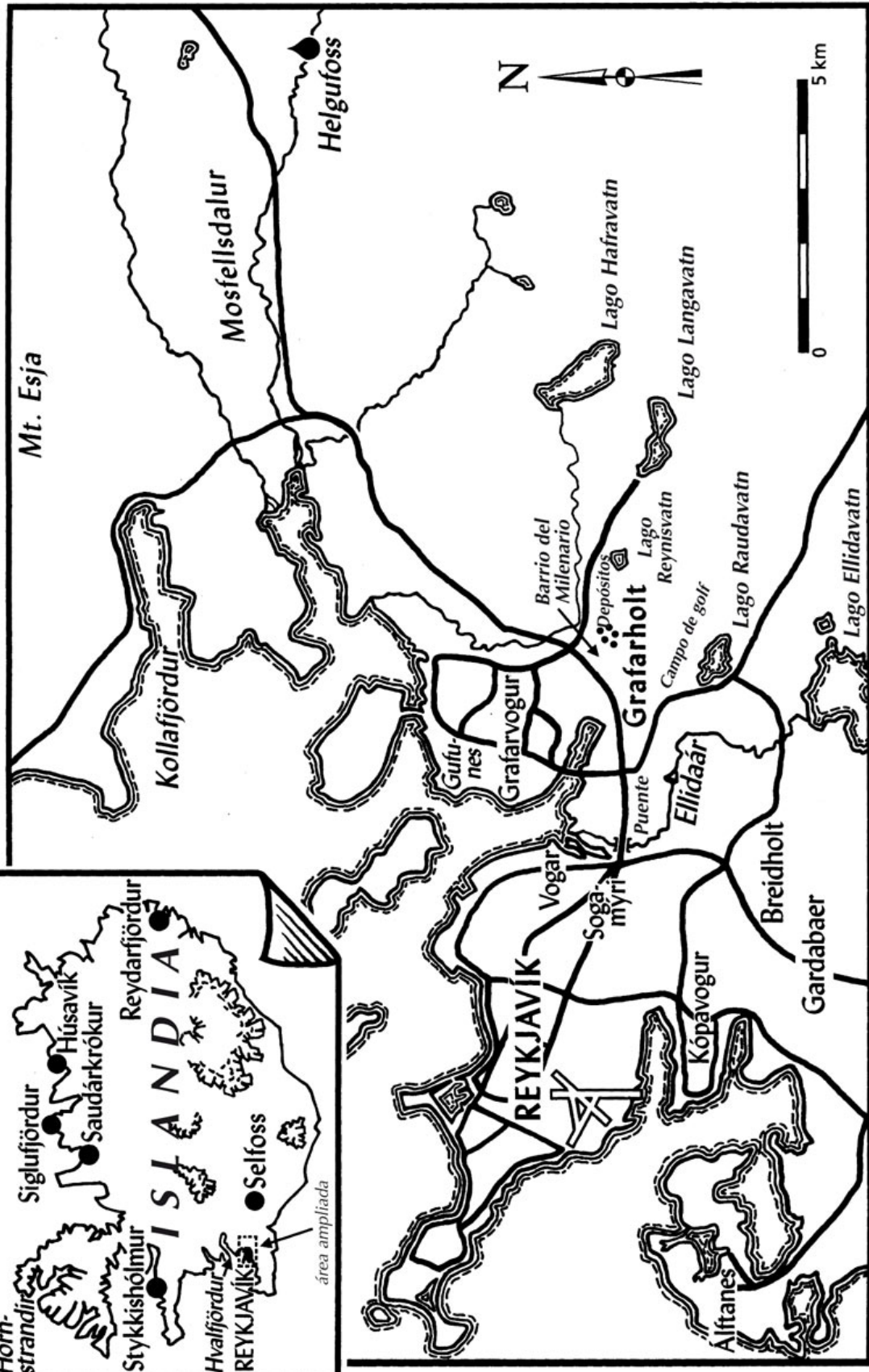
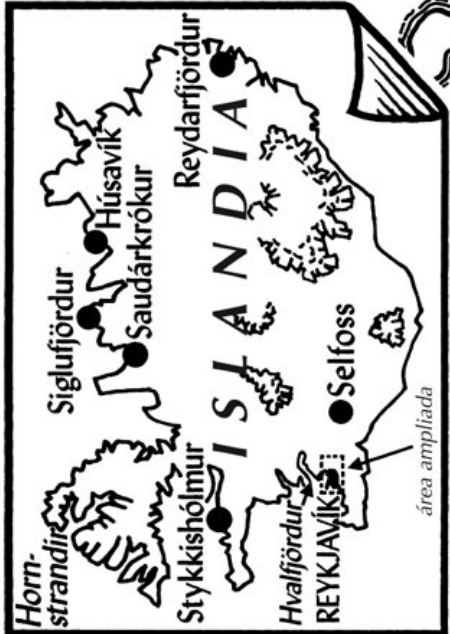
[27](#)

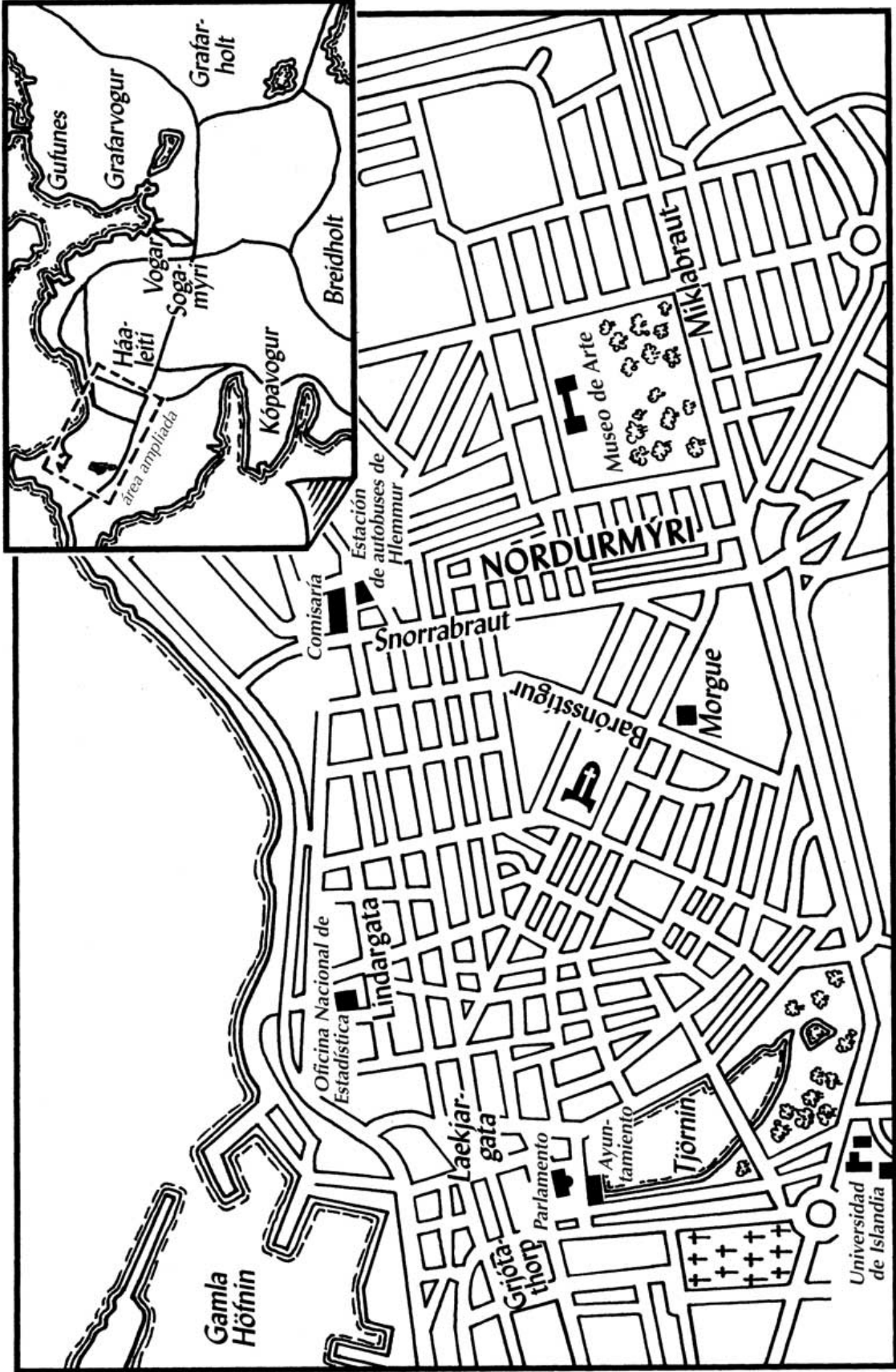
[28](#)

[29](#)

[30](#)

[Nota del traductor sobre los nombres propios](#)





1

Vio que se trataba de un hueso humano en cuanto se lo quitó a la niña, que estaba sentada en el suelo jugueteando con él.

El cumpleaños acababa de alcanzar su clímax con un estrépito horroroso. El de la pizzería había llegado y se había marchado, y los chicos ya habían devorado las porciones de pizza y se habían bebido los refrescos, sin parar de gritarse unos a otros ni un momento. Luego se fueron pitando de la mesa, como si hubieran dado una señal para salir, unos armados de ametralladoras y escopetas y otros, los más pequeños, con cochecitos o dinosaurios de goma. No comprendía de qué iba el juego. Para él, todo aquello no era sino un estruendo atronador.

La madre del cumpleaños se había puesto a hacer palomitas en el microondas. Le dijo que iba a calmar a los niños encendiendo la televisión y poniendo un vídeo. Si aquello no servía, los haría salir afuera. Era ya la tercera vez que celebraba el octavo cumpleaños de su hijo, y sus nervios no aguantaban más. ¡La tercera fiesta de cumpleaños, una tras otra! Primero salieron a comer fuera, toda la familia, a una hamburguesería carísima donde

sonaba una enervante música de rock. Luego habían celebrado una fiesta de cumpleaños con parientes y amigos, que era como si estuvieran celebrando una Confirmación. Hoy, el chico había invitado a sus compañeros de colegio y a sus amigos del barrio.

Abrió el microondas, sacó la hinchada bolsa de palomitas, metió otra y pensó que la próxima vez no haría más que una fiesta como ésta. Solamente una fiesta de cumpleaños, y vale. Como cuando ella era pequeña.

Tampoco mejoraba mucho las cosas que el joven que estaba allí sentado en el sofá estuviera silencioso como una tumba. Había intentado charlar con él pero lo dejó por imposible, y le resultaba estresante tenerlo allí delante en el sofá. No había posibilidad alguna de ponerse a charlar; el ruido y el alboroto de los niños la superaban. Y él no se había ofrecido a ayudarla. Se limitaba a estar allí sentado en silencio. La timidez lo está matando, pensó.

No lo había visto nunca. Aquel chico tendría unos veinticinco años y era hermano de un amigo de su hijo, que había acudido a la fiesta. Debía de haber veinte años de diferencia entre los dos. Era muy delgado y cuando le dio la mano en la puerta, ella notó que tenía los dedos largos y la palma fría y húmeda; y que era muy tímido. Venía a buscar a su hermano al cumpleaños, pero el pequeño se negó tajantemente a marcharse, ya que la fiesta estaba en su apogeo. Decidieron que se quedara un ratito. Terminan enseguida, dijo ella. Él le explicó que sus padres, que vivían en un edificio de apartamentos más abajo, en la misma

calle, estaban en el extranjero y entretanto él se encargaba de su hermano pequeño; habitualmente vivía en el centro de la ciudad. Se movía inquieto en la puerta delantera. El hermano pequeño había vuelto a meterse en pleno jaleo.

Se sentó en el sofá mirando a la hermana del cumpleaños, una niña de un año, que iba gateando hacia una de las habitaciones de los niños. Llevaba un vestidito blanco de blonda y una cinta en el pelo y hacía gorgoritos. Pero él maldijo a su propio hermano en silencio. Le resultaba de lo más incómodo estar allí sentado en una casa desconocida. Estuvo pensando si sería conveniente ofrecerse a ayudar. La mujer le había dicho que el padre trabajaba hasta tarde. Él asintió con la cabeza e intentó sonreír. Rechazó Coca-cola y pizza.

Se dio cuenta de que la niña tenía en la mano una especie de juguete que se puso a chupar y mordisquear con gran dedicación dejándose caer sobre el trasero. Era como si le dolieran las encías, y el joven pensó que le estarían saliendo los dientes.

La niña se acercó con su juguete en la mano y él intentó averiguar qué podía ser aquello. La niña se detuvo, se dejó caer sobre el trasero y se quedó sentada en el suelo con la boca abierta, mirándolo. Un hilillo de saliva le bajaba por el pecho. Levantó el juguete y lo mordió y luego volvió a gatear hacia él con el objeto en la boca. Se estiró, hizo una mueca y el juguete se le cayó de la boca. Volvió a encontrarlo con ciertas dificultades y lo cogió con la mano

y se agarró al brazo del sofá hasta que consiguió ponerse en pie al lado del joven, insegura pero orgullosa.

Él le cogió el objeto y lo observó. La niña le miró como sin poder dar crédito a sus ojos y al cabo se puso a berrear como si le fuera la vida en ello. El joven no tardó mucho en darse cuenta de que lo que tenía en la mano era un hueso humano, el extremo de una costilla, de unos diez centímetros de largo. Era de color amarillento, sometido a muchos años de erosión, de tal forma que los bordes ya no eran afilados, y en el corte había unas manchitas como de tierra.

Pensó que debía de tratarse de la parte delantera de la costilla, y que ya tenía muchos años.

La madre oyó a la niña llorar a gritos, y cuando miró a la sala la vio de pie junto al sofá, al lado del desconocido. Dejó el cuenco de palomitas y fue hacia su hija, la cogió en brazos y luego lo miró a él, que parecía no darse ni cuenta de la presencia de madre e hija.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre en voz alta intentando hacerse oír por encima del ruido que hacían los chicos, preocupada, intentando consolar a su hija.

Él levantó la cabeza, se puso de pie lentamente y acercó el hueso a la madre.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó.

—¿El qué? —respondió la madre.

—El hueso —dijo él—. ¿De dónde ha sacado este hueso?

—¿Qué hueso? —preguntó la madre.

La niña paró de llorar al volver a ver el hueso y se esforzó por cogerlo, sacándose de la boca el pulgar lleno de babas. Lo agarró, se lo apropió y miró a su alrededor.

—Creo que es un hueso —dijo el chico.

La niña se lo introdujo en la boca y se calmó.

—¿Qué dices de un hueso? —preguntó la madre.

—Eso que está mordiendo —dijo él—. Creo que es un hueso humano.

La madre miró a su hija, que mordisqueaba el hueso.

—Nunca lo había visto. ¿Qué quieres decir, un hueso humano?

—Creo que es parte de una costilla humana —precisó—. Estudio medicina —añadió para justificar sus palabras—, estoy en quinto.

—¿Una costilla? ¿Qué tontería es ésta? ¿La trajiste tú?

—¿Yo? No. ¿No sabes de dónde ha salido? —preguntó.

La madre miró a la niña y de pronto reaccionó y le quitó el hueso de la boca y lo tiró al suelo. La niña se echó a llorar otra vez. El chico cogió el hueso y lo examinó más detenidamente.

—A lo mejor lo sabe su hermano...

Miró a la madre, que le devolvió la mirada con un gesto de desconfianza. Ella miró a su hija, que lloraba a voz en cuello, luego el hueso, luego por la ventana de la sala que daba a un solar en construcción, otra vez al hueso y al desconocido y finalmente a su hijo, que apareció corriendo desde uno de los cuartos de los niños.

—¡Tóti! —lo llamó, pero el chico no hizo ningún caso.

Se metió entre los niños y sacó de allí a su Tóti, no sin ciertas dificultades, y lo llevó frente al estudiante de medicina.

—¿Es tuyo esto? —preguntó al muchacho, mostrándole el hueso.

—Me lo encontré —dijo Tóti, que no quería perderse ni un minuto de la fiesta de cumpleaños.

—¿Dónde? —preguntó su madre.

Dejó en el suelo a la niña, que se quedó mirándola fijamente sin saber si volver a empezar sus gritos.

—Fuera —dijo el chaval—. Es una piedra chulísima. La lavé. —Jadeaba. Una gota de sudor le corría por la mejilla.

—¿Dónde es fuera? —preguntó su madre—. ¿Cuándo? ¿Qué estabas haciendo?

El niño miró a su madre. No sabía si había hecho algo malo, pero a juzgar por el gesto de ella parecía que sí, de modo que se puso a pensar en cuál podía haber sido su maldad.

—Creo que ayer —dijo—. En la pared del extremo del hoyo. ¿Pasa algo malo?

Su madre y el desconocido se miraron a los ojos.

—¿Puedes indicarme dónde encontraste esto, exactamente? —preguntó ella.

—Ay, ¡que es mi cumple! —protestó.

—Vamos —dijo su madre—. Enséñanoslo.

Levantó a la niña del suelo y fue empujando al chaval por delante, salieron de la sala en dirección a la puerta de la calle. El chico los siguió de cerca. El silencio se había

adueñado del montón de niños en cuanto el cumpleaños se quedó callado, observando cómo la madre de Tóti lo hacía salir de casa a empujones, con gesto muy serio, y con la hermana pequeña en brazos. Se miraron unos a otros y salieron detrás.

Era el barrio nuevo junto a la carretera que subía al lago Reynisvatn. El barrio del Milenario. Se construía en una ladera de la colina de Grafarholt, en cuya cima se erguían los depósitos de agua para calefacción de Energía de Reikiavik, unos colosos pintados de marrón que se encumbraban como castillos sobre el barrio nuevo. Las calles se habían abierto en ambas laderas ante la presencia de los depósitos, de modo que cada casa crecía a los pies de otra, alguna con un jardín alrededor, tierra nueva y arbolitos que aún tenían que crecer para proporcionar abrigo a sus dueños.

La tropa siguió al cumpleaños con pasos raudos hacia el este de la casa más alta, que estaba al lado de los depósitos. Allí, casas adosadas, recién construidas, se extendían hacia el prado y a lo lejos, hacia el norte y el este, empezaban las viejas residencias de veraneo de los ciudadanos de Reikiavik. Igual que en todos los barrios nuevos, los chicos invadían las casas a medio construir, trepaban por los andamios y jugaban al escondite a la sombra de los muros, o se ocultaban en las excavaciones recién abiertas y chapoteaban en el agua que se acumulaba allí.

Fue a uno de esos solares adonde Tóti condujo al desconocido y a su madre, y a toda la tropa de la fiesta, y allí señaló el lugar donde había encontrado aquella extraña piedra blanca que pesaba tan poco, tan poco, que se la metió en el bolsillo y decidió quedársela. Recordaba exactamente dónde la había encontrado, y delante de ellos se metió en el foso de un salto y se dirigió sin dudarle al lugar donde la había visto, en la tierra seca. Su madre ordenó al muchacho que no se moviera y descendió al hoyo con ayuda del joven. Cuando llegó, Tóti le quitó el hueso y lo dejó en el suelo.

—La piedra estaba así —dijo, hablando del hueso como si no fuera más que una piedra rara.

Era ya viernes por la tarde y no quedaba nadie trabajando en el hoyo. Habían alzado las bases de los cimientos de la casa por dos lados, pero se distinguían los estratos en los lugares donde aún no se habían construido las paredes. El joven se acercó al talud y observó el lugar donde el chico decía que había encontrado el hueso. Arañó la tierra con la uña y con gran sorpresa encontró algo que no podía ser sino un húmero profundamente hundido en el paredón.

La madre miró al joven, abstraído en el talud, y siguió su mirada hasta que descubrió el hueso. Se acercó y creyó distinguir un maxilar y un par de dientes.

Dio un respingo, volvió a mirar al joven y luego a su hija, y se puso a limpiarle la boca como sin darse cuenta.

No se dio cuenta de lo que había pasado hasta que sintió el dolor en la sien. Le había golpeado con el puño cerrado en la cabeza sin previo aviso, de una forma tan repentina que ni vio llegar el golpe. O quizás es que no podía creer que le hubiera pegado. Era el primer golpe, y en los años siguientes pensaría si su vida habría sido distinta de haber roto con él de inmediato.

Si él se lo hubiera permitido.

No conseguía explicarse por qué le había dado de repente, y se quedó mirándolo como tocada por un rayo. Nunca la habían tratado así. Aquello sucedía tres meses después de la boda.

—¿Me has pegado? —dijo llevándose la mano a la sien.

—¿Crees que no he visto cómo lo mirabas? —gruñó él, con aspereza.

—¿A quién? ¿Qué...? ¿Te refieres a Snorri? ¿Que miraba a Snorri?

—¿Crees que no lo vi? ¿Que no vi la lujuria en tus ojos?

Nunca había conocido aquel flanco de su personalidad. Nunca lo había oído utilizar esa palabra. Lujuria. ¿De qué estaba hablando? Había cruzado unas palabras con Snorri por un momento en la puerta del sótano, dándole las gracias por llevarle algo que se había olvidado al dejar el trabajo; no quiso invitarlo a entrar porque su marido llevaba todo el día de morros y no le apetecía hablar. Snorri dijo algo divertido sobre el comerciante en cuya casa había estado sirviendo, y los dos rieron y luego se despidieron.

—Era Snorri —dijo ella—; no seas así. ¿Por qué has estado de tan mal humor todo el día?

—¿Dudas de lo que estoy diciendo? —preguntó él acercándose a ella de nuevo—. Lo vi por la ventana. Vi como bailoteabas a su alrededor. ¡Como una zorra!

—No, no puedes...

Le golpeó de nuevo en el rostro con el puño cerrado, y la empujó contra el armarito de la cocina. Sucedió de una forma tan repentina que no tuvo tiempo ni de protegerse con la mano por delante.

—¡No se te ocurra mentirme! —gritó él—. Vi cómo lo mirabas. ¡Y vi cómo te le insinuabas! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Pedazo de puta!

Aquella palabra también la oía por primera vez.

—Dios mío —suspiró. Le había roto el labio superior y la sangre se le metía en la boca, y el sabor de la sangre se mezcló al sabor salado de las lágrimas que le corrían por el rostro—. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué he hecho yo?

Estaba encima de ella como si fuera a darle una paliza. Un gesto de furia llameaba desde el rostro enrojecido. Rechinó los dientes y golpeó el suelo con un pie, dio media vuelta y salió del sótano con pasos rápidos. Ella se quedó atrás sin acabar de comprender realmente lo que había sucedido.

Muchas veces le habían venido a la memoria aquellos momentos, y qué habría pasado de haber reaccionado inmediatamente ante tal violencia, si hubiera intentado dejarlo, si se hubiera marchado para no volver nunca, en

vez de no hacer otra cosa que buscar razones por culparse a sí misma. Algo debía de haber hecho para que se comportara así. Algo que ella misma no acabó de entender en la conversación que mantuvieron a su vuelta, prometiendo corregirse, y que todo volvería a ser como antes.

Nunca lo había visto comportarse así, ni con ella ni con nadie. Era un hombre tranquilo y un tanto serio. Conocía esa faceta de su personalidad desde sus tiempos de novios. Incluso quizá demasiado reservado. Trabajaba como bracero al norte de la ciudad, con un hermano del comerciante para el que trabajaba ella, e iba de vez en cuando a su casa a llevar mercancías. Así se conocieron, año y medio atrás. Eran de edad parecida y él hablaba de dejar aquel empleo y embarcarse. Eso sí que daba dinero. Y luego quería ser dueño de su propia casa. Ser su propio señor. El trabajo de bracero rebajaba a la gente, era anticuado y no daba nada bueno.

Ella le dijo que estaba harta de servir en casa del comerciante. Era un avaro y estaba constantemente fastidiando a las sirvientas, y su mujer una bruja que empleaba mano dura. No había hecho aún planes de a qué se iba a dedicar. Nunca había pensado en el futuro. No conocía otra cosa que el duro bregar desde la niñez. Para ella, la vida no era mucho más.

Él solía ir a casa del comerciante y fue huésped frecuente en la cocina. Una cosa condujo a la otra y ella le habló de su hija. Él respondió que ya lo sabía, que se había

informado acerca de ella. Fue la primera vez que constató que estaba interesado en conocerla mejor. Le comentó que iba a cumplir los tres años y fue a buscar a la niña, pues estaba jugando con los hijos del comerciante en la parte de atrás.

Cuando hubo vuelto con ella, él le preguntó si había sido fruto de un desliz y sonrió circunspecto. Más tarde utilizaría contra ella, para aniquilarla, lo que él llamaba, sin compasión, su ligereza de cascos. A la niña nunca la llamó por su nombre, siempre utilizaba apodos; la llamaba «hijaputilla» y «gusarapo».

Pero la niña no era fruto de un «desliz». El padre de la niña era un marinero que se había ahogado en Kollafiördur. Sólo tenía veintidós años de edad cuando se vieron envueltos en un temporal y murieron él y tres tripulantes más. Ella tuvo noticia de su muerte a la vez que del embarazo. No llegaron a casarse, de modo que no podía considerarse exactamente una viuda. Tenían planeada la boda pero él murió antes y la dejó sola con una hija natural.

El joven estaba sentado en la cocina, escuchando su historia, y la niña se apegaba a ella. No era tímida, por regla general, pero se agarraba con fuerza a la falda de su madre y no se atrevió a soltarse al decirle él que se acercara. Sacó un caramelito del bolsillo y extendió la mano hacia ella, pero la niña se enzarzó aún más en la falda y empezó a llorar, quería volver con los demás. Pero sí le encantaban los caramelos.

Dos meses más tarde, le propuso matrimonio. La proposición no tuvo nada de romántica, no se parecía a las que ella conocía por los libros. Habían salido varias tardes, habían asistido a fiestas, habían paseado por la ciudad e iban al cine a ver películas de Charlot. Ella se reía de buena gana con el pequeño vagabundo y miraba al joven, que no dejaba escapar ni una sonrisa. Una tarde, al salir del cine, cuando estaban esperando el autobús que iba al centro, él preguntó si no deberían casarse. La atrajo hacia sí.

—Quiero que nos casemos —dijo.

Ella se quedó de lo más confusa, aunque no sucedía sino lo que ya estaba esperando, según reconoció mucho más tarde, pero aquello no era una proposición de matrimonio y en ningún momento le preguntó si ella lo deseaba también.

«Quiero que nos casemos.»

Ella ya había considerado la posibilidad de que le propusiera matrimonio. En realidad, su relación no había llegado aún tan lejos, pero la niña necesitaba un hogar. También ella quería ocuparse de un hogar que fuera suyo propio. Tener más hijos. No habían sido muchos los que se habían interesado por ella. Quizá por culpa de la niña. Quizá, pensaba, no tenía suficientes atractivos femeninos, pues era de baja estatura y un tanto regordeta, el rostro de rasgos grandes, los dientes un poquitín salidos hacia delante, las manos pequeñas y marcadas por el trabajo, y que nunca parecían estar quietas. Quizá no recibiría nunca una proposición mejor.

—¿Qué me contestas? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Él le dio un beso y se abrazaron. Poco más tarde se celebró la boda en la iglesia de Mosfell. Asistió poca gente, ellos dos, los amigos de la granja donde trabajaba él y dos amigas de ella de Reikiavik. El sacerdote los invitó a merendar después de la ceremonia. Ella le había preguntado por su familia, pero él no contó casi nada. Según dijo no tenía hermanos, su padre había muerto al poco de nacer él, y su madre no tenía medios para mantenerlo, así que lo envió a una familia adoptiva. Vivió en diversas granjas hasta que empezó a trabajar en la de Kjós. No mostró interés alguno por saber algo de la familia de ella. No parecía tener interés por el pasado. Ella le dijo que los dos andaban por un igual, pues no sabía quiénes eran sus padres. Fue niña de acogida y creció mal que bien en un hogar tras otro de Reikiavik, hasta que acabó sirviendo en casa del comerciante. Él asintió con la cabeza.

—Ahora empezaremos de nuevo —dijo—. Olvidemos el pasado.

Alquilaron una pequeña vivienda en un sótano en la calle Lindargata, que consistía en la sala y una cocina. El excusado estaba fuera, en el patio. Ella dejó el trabajo en casa del comerciante. Él buscó un trabajo en el puerto, para empezar, hasta conseguir plaza en un barco. Soñaba con embarcarse.

Estaba junto a la mesa de la cocina sujetándose el vientre con las manos. Al menos lo esperaba de todo corazón. No se lo había dicho a él, pero estaba segura de estar embarazada. Habían hablado de tener hijos, pero no estaba segura de los deseos de su esposo, tan poco comunicativo era. Ya tenía decidido cómo se llamaría el niño si era un varón. Quería un varón. Se llamaría Símon.

Había oído hablar de hombres que pegaban a sus mujeres. Había oído de mujeres que vivían sometidas a la violencia de sus esposos. Había oído historias. No creía que él pudiera ser uno de éstos, que pudiera hacer aquello. Aquello tenía que ser algo casual, se dijo a sí misma. Le vino el pronto de que estaba tonteando con Snorri, pensó. «Tengo que andarme con cuidado para que no se repita.»

Se limpió la cara y se sonó la nariz. Qué furia la del marido. Había salido como una tromba, pero volvería enseguida y le pediría perdón. No podía comportarse con ella de aquella forma. No podía ser. No debía hacerlo. Entró furiosa en el dormitorio para atender a su hija Mikkelína. Había despertado con fiebre por la mañana, pero había dormido casi todo el día y aún seguía durmiendo. La cogió en brazos y notó que estaba ardiendo de fiebre. Se sentó con ella en el regazo y empezó a canturrear en voz baja, aún aturdida y ensimismada tras la agresión.

Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas,

no pagan dinero.

La niña respiraba muy deprisa. La pequeña caja torácica subía y bajaba y emitía un silbido por la nariz. Tenía el rostro rojo. Intentó despertar a Mikkelína pero no reaccionaba.

Dejó escapar un gemido.

La niña estaba muy enferma.

2

Fue Elínborg quien recibió la notificación del hallazgo de unos huesos en el barrio del Milenario. Era la única que quedaba en la oficina, y estaba a punto de marcharse cuando sonó el teléfono. Vaciló un instante, miró al reloj, luego otra vez al teléfono. Tenía invitados a cenar esa noche, había tenido todo el día un pollo macerándose en tandoori. Dejó escapar un profundo suspiro y cogió el teléfono.

Elínborg tenía una edad indefinible, por algún sitio entre los cuarenta y los cincuenta, entrada en carnes aunque sin ser gruesa, y era muy glotona. Estaba divorciada y tenía cuatro hijos, entre ellos uno adoptivo que ya no vivía en casa. Se había vuelto a casar con un mecánico de automóviles que compartía con ella el amor por la comida, y vivía con él y sus tres hijos en un adosado en Grafarvogur. Tenía un viejo título de licenciada en geología pero nunca había trabajado en esa profesión. Empezó a trabajar en la policía de Reikiavik durante los veranos como sustituta, y acabó por quedarse allí. Era una de las pocas mujeres de la brigada de investigación.

Sigurdur Óli estaba en medio de una desenfrenada relación amorosa con su compañera, Bergthóra, cuando empezó a sonar su busca. Lo llevaba sujeto al cinturón de sus pantalones, y los pantalones estaban en el suelo de la cocina, de donde surgía el insoportable pitido. Seguro que no se detendría hasta que se levantara de la cama. Había salido pronto del trabajo. Bergthóra había llegado a casa antes que él y lo había recibido con un profundo y apasionado beso. Una cosa llevó a la otra y dejó los pantalones en la cocina, desconectó el teléfono y apagó el móvil. Se olvidó del busca.

Sigurdur Óli suspiró pesadamente y miró a Bergthóra, que estaba sentada a caballo encima de él, sudorosa y con el rostro enrojecido. Vio por la expresión de su rostro que no pensaba detenerse en ese momento. Cerró los ojos, se tumbó encima de él y dejó que sus muslos trabajaran lenta y rítmicamente hasta que el orgasmo llegó al clímax y relajó todos los músculos de su cuerpo.

Pero Sigurdur Óli tendría que esperar un momento mejor. En su vida, el busca llevaba siempre la iniciativa.

Se escurrió por debajo de Bergthóra, que se quedó sobre la almohada como inconsciente.

Erlendur estaba en el restaurante Skúlakaffi ante un plato de carne salada. Comía allí de vez en cuando porque el Skúlakaffi era el único sitio de Reikiavik que ofrecía comida casera islandesa como la prepararía el mismo Erlendur si

tuviera ganas de cocinar. La decoración también le agradaba, todo era sórdido plástico marrón, viejas sillas de cocina, algunas con la gomaespuma saliendo por el revestimiento de plástico rajado, y el suelo de linóleo desgastado por las pisadas de camioneros, taxistas y gruístas, de jornaleros y obreros. Se sentaba solo a una mesa, en una esquina, enfrascado en degustar la grasienta carne salada acompañada de patatas cocidas, guisantes y zanahorias, todo ello cubierto por una espesa y dulzona salsa blanca.

La animación de la hora del almuerzo había terminado ya hacía tiempo, pero consiguió que el cocinero le preparase la carne salada. Cortaba un gran trozo de carne, lo cargaba de patata y zanahoria, lo cubría todo generosamente con la salsa con ayuda del cuchillo y se lo llevaba a la boca.

Había acabado de colocar otro bocado igual sobre el tenedor y ya tenía la boca abierta para darle la bienvenida, cuando empezó a sonar el teléfono móvil, que había dejado sobre la mesa al lado del plato. Detuvo el tenedor en el aire y miró por un instante el teléfono, al tenedor bien cargado y otra vez al teléfono, y finalmente dejó el primero con mucho pesar.

—¿Por qué no pueden dejarme en paz? —dijo antes de que Sigurdur Óli pudiera articular una palabra.

—Han encontrado unos huesos en el barrio del Milenario —dijo Sigurdur Óli—. Elínborg y yo vamos de camino para allá.

—¿Cómo que han encontrado unos huesos?

—Margrét.

En aquel momento apareció Mikkelína en la puerta de la habitación, y cuando Símon la vio se puso en pie y se dirigió hacia ella.

—¿Me traerás grosellas? —preguntó—. ¿Me traerás grosellas?

—Te las traeré en otoño —dijo Mikkelína—. En otoño. Entonces te traeré las grosellas.

En aquel mismo instante se formó una pequeña lágrima en los ojos de Eva Lind, acostada inmóvil en la penumbra de la UCI. Creció y se convirtió en una gran gota que fue desbordando lentamente por la comisura y descendiendo por el rostro hasta llegar a la mascarilla de oxígeno y los labios.

Unos minutos más tarde, abrió los ojos.

NOTA DEL TRADUCTOR SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS

Los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan frecuentemente con sus significados, fácilmente reconocibles por cualquier lector. En esta novela vale la pena tener presentes tres de ellos: *Grafarholt* significa «colina de la tumba»; el título original islandés es *Grafarthögn*, «silencio sepulcral» o «silencio de la tumba». Para el lector islandés, *Grímur*, nombre de orígenes mitológicos, remite a dos palabras: una significa «máscaras», otra es el adjetivo *grimmur*, «cruel, feroz».

Finalmente, *Erlendur* es «forastero».

Títulos de ARNALDUR INDRIDASON en Serie Negra

Por orden de aparición original

Las marismas (SN, 33)

Holberg, un camionero de sesenta y nueve años, aparece asesinado en el sótano de su casa junto a una nota de lo que aparenta una confesión —«Yo soy el...»—, que solo cobrará sentido para Erlendur cuando encuentra la foto de la tumba de una niña. Pero esa niña, fallecida hace más de cuarenta años, no fue asesinada. ¿Qué significa entonces el mensaje del misterioso Holberg?

La mujer de verde (SN, 12)

Unos obreros de la construcción en Reykjavik descubren una tumba mientras trabajan. Años antes, esa parte de la ciudad era todo colinas, y Erlendur y su equipo esperan que sea un caso típico de desaparición; quizá alguien una vez se perdió en la nieve y ha permanecido enterrado durante décadas. Pero las cosas nunca son tan sencillas.

La voz (SN, 42)